

Notas para una revisión histórica sobre la cuestión Nacional en el Uruguay.

Gerardo Caetano *

Introducción.

Tal vez entre las muchas cosas que nos están pasando a los uruguayos, una de las no menos importantes se vincule con una suerte de replanteo de la cuestión nacional. Proceso un tanto inesperado y sorprendente en este fin de siglo y de milenio- aunque no exclusivo del Uruguay, como anotaremos más adelante-, el trámite de este fenómeno parece desarrollarse en un curso de visibilidad compleja, pese a que tampoco faltan evidencias más o menos estridentes y notables. Quien repare en muchas de las letras más recientes del rock nacional o de las murgas, quien registre el pulso colectivo presente en muchos graffitis, quien trate de encontrar una explicación adecuada al "boom" editorial que acompañó la publicación de los dos tomos de la "historia de la sensibilidad en el Uruguay" de José P. Barrán, seguramente encontrará allí un eje de preocupaciones y preguntas insoslayables. Por cierto también que en este retorno finisecular del problema de la nación entre nosotros, junto a las novedades no han faltado ciertas restauraciones: los picos traumáticos de euforia y decepción que acompañaron la actuación del seleccionado uruguayo en el Mundial de fútbol de Italia ilustran una vez más esa ya tradicional peripecia de nuestro "nacionalismo deportivo".

Si se acepta aunque más no sea en parte nuestro punto de partida, no se puede menos que proyectar este fenómeno local al escenario más vasto del acontecer internacional. En este sentido, ciertas paradojas de este fin del siglo XX en el mundo parecen dar la razón a una vieja estimación de Carlos Real de Azúa sobre que las narraciones demostrarían en el futuro que eran "entidades de piel muy coriácea". El vértigo de la revolución científico-tecnológica y los vigorosos impulsos en la perspectiva de una efectiva transnacionalización de tipo multidimensional no han podido evitar los rebrotes nacionales (algunos de ellos violentos) en muchas áreas del mundo. Los vaticinios sobre una rápida y fácil erosión de los Estados Nacionales y una inminente instauración de supuestos "Estados Universales" han encontrado más resistencias de las supuestas o previstas.

En nuestro país este replanteo de la "cuestión nacional", borrosamente definida, no puede menos que recoger viejas herencias. Es que los uruguayos han dedicado a lo largo de su historia como pueblo no poco esfuerzo ni tiempo para debatir el tema de su identidad nacional. Tal vez esto mismo constituya un indicio fuerte sobre la debilidad intrínseca de esa identidad o quizás configure, por el contrario, una manera de "construirla" en clave más abierta y multidimensional. De lo que no hay duda es que al debatir sobre la nación los uruguayos discuten tradicionalmente sobre muchas otras cosas. La "Conciencia nacional" parece constituirse así para nosotros en una identidad que anida otras identidades, lo que

* CLAEH. Montevideo, Uruguay, Setiembre 1990.

tal vez explique -entre otras cosas- la persistente y en cierto modo curiosa "sacralización" y "tabuización" que aún hoy rodean el tema.

Respecto a este punto cabría preguntarse seriamente si en realidad podemos hablar de una identidad nacional o si, en cambio, se impone hablar de muchas identidades nacionales en el marco de la peripecia histórica de la sociedad uruguaya (1). Sin duda reside aquí un núcleo de análisis que sería menester profundizar en el futuro cercano. En la presente ponencia nos manejaremos provisoriamente en términos analíticos a partir del presupuesto de la posibilidad de una identidad nacional plural, de naturaleza controversial, sometida a una tensión dialéctica muchas veces vigorosa, pero capaz de involucrar como horizonte referencial común a por lo menos un vasto conjunto de los uruguayos (2). En suma, como dijéramos, una identidad plural, que anida e involucra otras identidades.

En esta ponencia nos proponemos recorrer, en forma necesariamente sumaria y muy panorámica; el itinerario histórico de algunas "obsesiones" a través de las cuales se ha buscado dilucidar en el país ese tópico de "las telas más íntimas del nosotros nacional" (3). Luego de un planteo introductorio sobre algunos nudos teóricos involucrados en la "cuestión nacional", se analizarán -ya focalizados en el caso uruguayo- diversas vías de involucramiento (muy laxamente definidos) en torno al problema: a) la nación y el pasado; b) la nación y la política; c) la nación y la frontera del "afuera"; d) y, por último, la nación y el desafío de la viabilidad.

Estos cuatro temas son, a nuestro juicio, algunos de los núcleos más relevantes por los que ha discurrido el debate en torno a la temática. No pretendemos agotar su estudio ni proyectarlos en un registro que abarque en términos más o menos equilibrados la totalidad de la historia uruguaya. Mucho más modestamente, lo que queremos es aprovecharlos como pistas de reflexión para interpelar en clave histórica el tema de la conciencia nacional en el país. Se buscará entonces allegar a través de ellos algunos elementos de análisis que puedan concurrir a una revisión más comprometida con las interpretaciones del aquí y del ahora y que se vincule más o menos directamente con el tema general del Seminario (4). En suma, de lo que se trata es de aportar insumos históricos para una reflexión que acepte como desafío el volver a asumir al "Uruguay como problema", retomando el título del ensayo de Methol Ferré (5).

(1) Para un abordaje que se hace cargo de un problema similar, aunque referido más específicamente al tópico de las culturas en el Uruguay contemporáneo, Cfr. ACHUGAR Hugo, "Apuntes para una reflexión sobre las culturas en el Uruguay contemporáneo. De Maracanã a la cultura del reciclaje". En: *Cuadernos de Marcha*, N° 57, setiembre 1990, pp. 17 y ss.

(2) Por cierto que este señalamiento no tiene nada que ver ni debe asociarse en modo alguno a una postura que defienda la existencia de una "entidad nacional" supuestamente homogénea ni con el "ser nacional" siempre igual a sí mismo.

(3) Cfr. REAL DE AZUA, Carlos: *¿Orientales o Uruguayos?*, Montevideo, ARCA, 1990 (en prensa).

(4) Por cierto que no se oculta toda una dimensión de historia cultural en un sentido amplio que estará básicamente ausente en el desarrollo de esta ponencia y que en general no ha sido indagada suficientemente por la historiografía uruguaya.

(5) Cfr. METHOL FERRE, Alberto: *El Uruguay como problema*. Montevideo, EBO, 1971.

Algunas nociones teóricas

Lo primero que habría que señalar en torno a la categoría "Nación" es la extrema vaguedad del alcance semántico del término, lo que tal vez contribuya a explicar su debilidad pero también su fuerza en los vocabularios político y politológico más corrientes. Por cierto que no se encuentra entre los objetivos de esta ponencia el profundizar en torno a la cuestión. Nos limitaremos a reseñar inicialmente, a simple título indicativo, algunos temas y problemas cuyo simple registro permita proyectar una cierta panorámica de las múltiples implicaciones teóricas del concepto: a) la historia del término, que pasa por indagar tanto los antecedentes más remotos sobre su uso, el nacimiento más reciente de la acepción moderna del vocablo y el azaroso curso posterior de las transformaciones y resignificaciones en los alcances del mismo; b) el señalamiento de los "elementos" de una nacionalidad, tanto aquellos que se refieren a sus "características objetivas" (geografía, historia, etc.) y proyectan "intentos genuinos de definición" (6); c) la vinculación muchas veces controversial y dialéctica entre conceptos tales como nación, nacionalismo y nacionalidad, la mayoría de las veces imprecisamente delimitados en el marco de su utilización conjunta; d) la renovación de enfoques provenientes de las teorizaciones más recientes que vinculan el fenómeno de la nación con los procesos contemporáneos de modernización; e) la honda dimensión política en la configuración de toda conciencia nacional, su fuerte anclaje en fenómenos de tradición política y su vínculo cambiante e inacabado con otros elementos de la cultura política en una sociedad; etc.

Se podría seguir abundando mucho más en esa reseña del amplio espectro de temas y problemas involucrados en una teorización mínimamente seria del concepto nación, pero ello excede largamente los alcances de esta ponencia. Sin embargo, a los efectos de explicitar el soporte teórico básico para algunas consideraciones que siguen, nos interesa realizar al menos un breve señalamiento de tres aspectos del problema, a nuestro juicio particularmente relevantes y redituables en términos interpretativos para el análisis que se pretende hacer del caso uruguayo.

En primer lugar, nos interesaría destacar entre las muchas clasificaciones referidas a la categoría nación, aquella que enfatiza en la distinción entre una conciencia nacional "abierta" y otra "cerrada". La primera tendría como base una determinada sociedad política asociada con una organización territorial, orientándose hacia la constitución de "una nación de ciudadanos al margen de la raza o del origen étnico" e identificada con la afirmación de una serie de características y valores más o menos modernos y universales (7). En contrapartida, una nacionalidad de tipo "cerrado" acentuaría "el carácter autóctono de la nación, los orígenes comunes y el enraizamiento en el suelo ancestral" (8). Por cierto que en ningún caso estas orientaciones se muestran absolutamente puras: se trata por lo general de "una cuestión de acento" en el marco de una coexistencia laxa. En el primer caso, una nacionalidad preferentemente "abierta" tiende a concebir la nación como un problema de creación o definición, resaltando los perfiles y formulaciones subjetivas que acomunan ese "nosotros" nacional. En el segundo, en cambio, prima la apelación a una nación "preexistente" en tanto que cimentada fundamentalmente en características objetivas, derivándose la cuestión nacional a un problema de explicación.

(6) RUSTON, Dankwart A.: "Nación". En: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Vol. VII. Madrid, Aguilar, 1975. pp. 301 y ss.

(7) KOHN, Hans: "Nacionalismo". En: *Enciclopedia ... op. cit.*, pp. 306 y ss.

(8) *Ibid*.

Adviértase, sin embargo, que -como se verá en las páginas que siguen- para nosotros el "problema" de la nación es siempre básicamente un problema de construcción y que en puridad este tipo de identidades nunca existen cabalmente a priori, pese a lo cual mantenemos la conveniencia analítica de discernir -como cuestión de acento- entre los elementos "objetivos" o "subjetivos" de una nacionalidad y entre su índole más abierta o cerrada (9).

En segundo término, también, nos interesaría enfatizar el fuerte anudamiento entre los *tópicos de la nación y de la integración*. Piénsese hasta qué punto el factor integración ha sido uno de los principales elementos constituyentes de la nación en estas "sociedades aluvionales" del cono sur sudamericano. Piénsese también en el rol jugado en otras áreas del mundo y en tiempos históricos diversos por los llamados "partidos nacionalistas integradores", identificados con el proyecto de acelerar el proceso de modernización "del que la misma ascensión de la conciencia nacional no (sería) sino una faceta" (10). Obsérvese, por último, la persistencia del desafío planteado en la agenda de todos los Estados contemporáneos (incluso en los países más avanzados) respecto a la necesidad de construir y mantener "sociedades nacionales integrantes", sometidas de modo frecuente a amenazas de desintegración y fragmentación. En este fin de siglo, en el que toda perspectiva que privilegia la uniformidad de los universos sociales se encuentra en entredicho y en el que el punto de partida vuelve a ser radicalmente la pluralidad y la diversidad, esa simbiosis entre nación e integración vuelve a ponerse sobre el tapete.

Por último, nos interesa también poner de manifiesto cómo en cualquier configuración de conciencia nacional existe una *asociación dialéctica entre el reconocimiento de un pasado colectivo propio y un horizonte de futuro que se constituya en un referente también colectivo mínimamente implantado* (aún en términos controversiales). Mario Sambarino, en su trabajo "La cultura nacional como problema", definía este mismo aspecto con sagacidad: "es por la fuerza con que en este `nosotros` avancemos, expresa y volitivamente, hacia metas definidas que adquirimos un pasado en el que nos integramos. [...] cuando lo nacional, lo propio y criterios similares, se contemplan de espaldas al futuro, como siendo ya tales o habiéndolo ya sido, sólo pueden servir para originar actitudes retrógradas, que se pierden a sí mismas por no hacer posible un futuro que sea valioso en cuanto incierto en las urgencias de su tiempo. Quien se arraiga en un origen es tal cuando, por su futuro, encuentra allí su fundamento, pues lo construye en la tarea de gestarse" (11). También Methol Ferré ha destacado ese signo "prospectivo" de toda visión de la identidad nacional y, en particular, de toda percepción que la asuma como "problema" (12). En suma, si la nación nunca es un valor ya constituido para siempre, si en la trama de su reconstrucción permanente e inacabada siempre opera la fuerza inspiradora de un pasado común, éste sólo se vuelve reconocible y adquiere una visibilidad operativa en términos de identidad colectiva si aparece articulado (no importa que de manera laxa y a menudo controversial) con un "imaginario colectivo" actuante, entendido como "aquel conjunto de significaciones, discurso y representaciones que [...] totaliza el campo de una cierta experiencia y le da peculiar"

(9) VERDESIO, Gustavo: "Prolegómenos para un estudio sobre la literatura uruguaya colonial". En: *Cuadernos de marcha*. N° 59, Setiembre de 1990, pp. 43 y ss. y el ya citado artículo de ACHUGAR, Hugo.

(10) RUOSTOW, D.A.: "Nación". En: *Enciclopedia... op. cit.*, p. 302.

(11) GAMBARINO, Mario: "La cultura nacional como problema". En: *Nuestra tierra*. N° 46, Montevideo, Ed. Nuestra tierra, 1970, pp.57-58.

(12) METHOL FERRE A.: *El Uruguay... op. cit.*, p.60.

dimensión de horizonte" (13). Aquí, entonces, podríamos hablar de la nación como una "comunidad imaginada", utilizando la categoría de Benedict Anderson (14).

De este modo, hemos querido registrar tres problemas (entre otros muchos posibles) en el marco de una teorización muy sumaria en torno al concepto nación: *identidad nacional como construcción más "abierta" o "cerrada"; nación e integración; nacionalidad como campo de articulación entre un pasado común y un imaginario colectivo con sentido de futuro.* Creemos que allí residen algunas dimensiones cruciales para estudiar la peripecia del tema de la identidad nacional en el Uruguay. Tomando por buena la definición de Jürgen Habermas en el sentido de que "la nación es una estructura de conciencia social que asegura la identidad colectiva" (15) , podríamos postular como hipótesis que ésta se ha procesado históricamente en el Uruguay como fruto de una articulación muy particular entre el "afuera" y el "adentro", proyectada en un horizonte prospectivo de viabilidad posible. En síntesis, la conciencia nacional pudo adquirir una implantación visible en el país cuando se hizo posible una simbiosis más o menos exitosa entre esas tres dimensiones de apertura, integración y prospecto, ingresando por contrapartida en crisis radical cuando esa dialéctica refinada, frágil pero no del todo ineficaz, resultó obstruída o dislocada.

Cabría señalar, por último, que la identidad nacional entre los uruguayos se ha definido siempre de manera controversial. Cada una de esas tres dimensiones analíticas cuya relevancia hemos distinguido, se convirtió a su vez en campo de debate y confrontación muy frecuentemente -en una nueva ratificación de esa "vocación sistémica" de los uruguayos- un alto grado de complementación y de admisión recíproca, como nos encargaremos de señalar más adelante.

Hacia la búsqueda de un pasado fundante

Sin duda que uno de los escenarios más tradicionales en la consideración del "problema" de la nación entre los uruguayos ha sido el vinculado con el debate historiográfico en torno al surgimiento del Uruguay como Estado independiente. Respecto a este punto es hartó sabido que se han enfrentado básicamente dos posiciones, aún cuando un estudio más atento de las mismas permitiría poner de manifiesto la inconveniencia de "homogeneizar" en exceso el campo de cada una de esas tesis (16) . De todos modos, los años han ya tradicionalizado el arraigo de esa alternativa binaria que opone: a) la postura "*nacionalista*" o "*independiente clásica*" , cuyo rasgo más distintivo sería la reivindicación del surgimiento del Uruguay en tanto "estado soberano" como el fruto de una voluntad y un sentimiento "nacionales" ya maduros en 1825, los que reconocerían sólidos antecedentes en los períodos de la Colonia (significado de la lucha de puertos, debilidad y carácter tardío del vínculo virreinal, etc.) y de la Revolución (el "independientismo" antiporteño del artiguismo, el "desacierto" o el "disimulo" implícitos en el Acta de Unión

(13) LACLAU, Ernesto: *Populismo y transformación del ideario político en América Latina* (mimeo). Para una explicitación más detallada del planteo de Laclau CAETANO, Gerardo: " Del primer Btlismo al Terrismo: crisis simbólica y reconstrucción del imaginario colectivo ". En: *Cuadernos del CLAEH* . N° 49. 1989/1. pp.86-88.

(14) ANDERSON, Benedict: *Imagined Communities* . Tomado de VERDESIO G.: *Prolegómenos para ... op. cit* . , p.44.

(15) Cita tomada de ANSALDI, Waldo: *Estado y sociedad en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, CEAL, p.6 (Conflictos y procesos de la Historia Argentina Contemporánea. N° 4).

(16) Cfr. REAL DE AZUA, Carlos: *¿Orientales..., op. cit.*

del 25 de agosto de 1825, etc.) (17) ; y b) la postura "unionista" o "disidente", que destacaría en cambio la inconsistencia efectiva del deseo independentista en 1825, opuesto a la fuerza coetánea del sentido de integración platense (cimentado además en la índole federal del artiguismo), explicándose en consecuencia el surgimiento del Uruguay independiente como derivación más o menos directa de factores y artificios exógenos y, en particular, de la influencia británica (18) .

La primera tesis bien podría reconocer una síntesis apropiada en el siguiente fragmento del prólogo que Juan E. Pivel Devoto hiciera a una selección de textos publicada bajo el título *La Independencia Nacional* en la colección "Clásicos Uruguayos" en 1975 "La nacionalidad uruguaya está prefigurada desde los orígenes de nuestra formación social.[...] El Virreinato no pasó de ser una denominación teórica. Esa es la `patria grande` que nunca existió. [...] Esa unidad territorial de la Capitanía, Gobernación o Provincia, que prefiguran la nación, la buscaron tanto Montevideo como Artigas, por distintos caminos y bajo signos opuestos. [...] La cruzada de 1825 reanudó la lucha por la independencia. [...] Los vínculos con las Provincias Unidas ya no existían. Razones circunstanciales de orden político, militar y económico pudieron impulsar a los dirigentes de 1825 a proclamar la unidad ..." (19) .

Por su parte, el siguiente fragmento del ensayo ya citado de A. Methol Ferré resume lo medular de la posición opuesta: "Los nacimientos en todos los planos deciden y bien, a tono con la moda, es forzoso comenzar por el trauma del nacimiento uruguayo. No hay uruguayo que no sepa, en el fondo del corazón, que el Uruguay nació a la historia como 'Estado tapón'. Es un fantasma persistente, no iluminable por las empecinadas acrobacias para censurarlo de nuestra vieja historiografía. Es el saber de todos más intensamente reprimido, abismado en el inconsciente, por ser el más perturbador. [...]. El Uruguay no es hijo de la frontera sino del mar, y el mar era inglés. Este necesitaba una ciudad hanseática: 'Montevideo y en territorio'" (20) .

Más allá de los múltiples matices y gradaciones que podríamos registrar en cada uno de estos dos "bandos" historiográficos enfrentados, la "Nueva Historia" emergente en los 60 y las generaciones más recientes de historiadores parecen haberse desentendido un tanto del debate, proyectando una "tercería" cuya clave configuradora en este caso oscilaría entre la "indiferencia" ante el tema o la asunción de nuevos enfoques sobre el problema (21).

De todos modos, como suele ocurrir en estos casos y mucho más en el Uruguay, el viejo diferendo nunca pudo ser zanjado. La tesis "nacionalista" sólo pudo obtener la victoria muy pírrica de una oficialización del 25 de agosto como "fecha de la independencia nacional" o su dominio machacón (y tantas veces contraproducente para sus intereses) de

(17) Entre los cultores más representativos de esta tesis debería citarse a F. Bouzá, C.M. Ramírez, J. Zorrilla de San Martín, P. Blanco Acevedo, Falcao Espalter, J.E. Pivel Devoto, entre otros.

(18) Entre los autores afiliados a esta posición podrían citarse a E. Acevedo, A. González, E. Petit Muñoz, B. Ares Pons, W. Reyes Abadie, A. Zua Felde, A. Methol Ferré, O. Bruschera, entre otros.

(19) PIVEL DEVOTO, Juan E.: (Prólogo a la sección de textos de Francisco Bauzá y otros bajo el título) *La Independencia Nacional* . Montevideo, Biblioteca Artigas, 1975, pp. VII-XLIII. (Colección 'Clásicos Uruguayos', Vol. 145).

(20) METHOL FERRE: *El Uruguay como... op. cit.*, pp. 2 y 19.

(21) Cfr. BARRAN, José P.: "La independencia y el miedo a la revolución social en 1825". En: *Revista de la Biblioteca Nacional* . N° 24, Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura, 1986, pp. 65 a 77.

manuales, monumentos, museos. El "trauma de nacimiento" y sus "sospechas generalizadas" de que hablara Methol persistieron y persisten, más allá de la enervante liturgia de la historia escolar y de la "orgía" historicista del Sesquicentenario y su "Año de la Orientalidad" (22).

Esta indefinición radical del problema y de la controversia consiguiente en torno a los "orígenes" del país tal vez encontró su máxima expresión en ocasión de los debates del Centenario, durante la década de los 20 del presente siglo. Ante la "disyuntiva" planteada por la cercanía de los festejos y ante la "necesidad" de dirimir la "cuestión de la fecha de la independencia" (que, como veremos más adelante, involucraba otros problemas y presuponía una pugna de posiciones fuertemente impregnadas por lo político-partidario), no se encontró mejor opción que llevar el pleito al seno del Parlamento, transformándolo a éste en peculiar "tribunal de alzada" historiográfico. Fue así que en 1923 se debatieron en ambas cámaras sendos proyectos oponiéndose las alternativas del 25 de agosto y del 18 de julio (23). El resultado final de todo este episodio parlamentario se tradujo en un desenlace muy "típicamente uruguayo" (permítasenos aquí la incongruencia con algunas consideraciones vertidas anteriormente): en Representantes triunfó el proyecto que defendía la propuesta del 25 de agosto, mientras que en el Senado con mayoría colorada se aprobó el que establecía la alternativa del 18 de julio. La Asamblea General nunca se reunió para tratar el punto y así se sucedieron ambos "Centenarios" sin ninguna ley consagratoria en uno u otro sentido. Los mayores festejos correspondieron a las celebraciones en torno al 18 de julio, pero ello, mucho más que a un "plebiscito popular" tácito, derivó de la eficacia de los "dispositivos colorados" que apuntaron (desde el Estado, además) con todas sus fuerzas en esa dirección (24).

Esta radical insuficiencia de lo que podríamos llamar una "narrativa de los orígenes" del Uruguay hizo que no pudiera encontrarse allí -más allá del "entusiasmo" de los "nacionalistas"- la visibilidad cabal de un "momento fundante" de la nación (25). Ello no provocó que se dejara de lado el pasado como campo de búsqueda y construcción de un "nosotros nacional" más o menos efectivo. Antes bien, el efecto parece haber sido el inverso: una radicalización en la "obsesión" por el pasado colectivo como hipotético sustento de la nación. Si ésta no podía arraigarse suficientemente en una lectura mínimamente consensual de los orígenes tal vez podía hacerlo en remisión a otros "períodos configuradores" o "fundacionales" en la vida del país. En otras palabras, el mito de un "pasado de oro" podía sustituir al mito de los "orígenes" como cimiento consistente y perdurable de la nacionalidad.

La exaltación del "Uruguay batllista", con toda su cadena de equivalencias posibles ("Suiza de América", "laboratorio de los locos", "país de utopías", "Uruguay feliz", "país

(22) Cfr. CAETANO, C., RILLA, J.: *Breve historia de la dictadura*. Montevideo, CLAEH-EBO, 1987, pp. 25 y ss.

(23) Hubo otras propuestas de fecha como la del 4 de octubre (en referencia al canje de las ratificaciones de la Convención Preliminar de Paz verificado el 4 de octubre de 1828) o la inefable proposición del diputado Maragato Vicente T. Caputi, quien en un alarde de localismo extremo llegó a proponer la celebración del centenario del 28 de noviembre de 1828, día de la primera reunión de la Asamblea Consultiva y Legislativa de San José...

(24) Entre otras muchas cosas, no casualmente el primer campeonato mundial de fútbol se inauguró en el "Estadio Centenario" precisamente el 18 de julio de 1930.

(25) PANIZZA, Francisco: "El liberalismo y sus otros. La construcción del imaginario liberal en el Uruguay (1850-1930)". En: *Cuadernos del CLAEH*. N°50, 1989/2, pp 31-44.

de las vacas gordas", etc.) y con sus rasgos más distintivos (26), ha supuesto en más de un sentido esa operación.

El impulso reformista de aquellas primeras décadas del siglo, asociado con la prosperidad económica (que el tiempo probaría frágil) derivada de un contexto externo favorable a nuestros intereses y con la configuración de la democracia política posibilitaron el desarrollo de una experiencia que (más allá de las controversias y de sus consecuencias reales) caló hondo en la autopercepción de los uruguayos. De esa peripecia podía emerger entonces la clave fundacional de una "nueva conciencia nacional" (27).

La euforia del Centenario, reconocible en el marco de aquella fuerte tensión, "entre el balance y el prospecto" como señalara Real de Azúa, pareció buscar inscribirse en esa proyección fundante de que habláramos. Sus referentes fueron muchos y algunos de ellos demostraron una real eficacia en su capacidad de penetración y de inscripción en el imaginario colectivo de los uruguayos. Desde el pleno despliegue del culto orista hasta el orgullo por la maximización integradora de aquella sociedad cosmopolita, pasando por la convicción acerca de la "excepcionalidad" del país afincada en sustentos tan diversos como la continuidad democrática, la "belleza de nuestras playas y nuestras ciudades" o los éxitos deportivos, una larga lista de "hazañas" y "virtudes" pareció convertirse en la matriz de una autoafirmación colectiva que se creyó sólida y perdurable (28).

Si el buceo en los orígenes del país generó tan fuertes controversias, la interpretación en torno al llamado (no sin cierto equívoco) "período batllista" no supo de menores desencuentros. Aún así, aunque fuera en el marco de una dialéctica controversial, sí permanecían vigentes algunas de las razones que (en un sentido u otro) habían cimentado la euforia de la prosperidad, aún quedaba la chance de la remisión posible a ese "período fundante" y a la reproducción por imitación de todo cuanto hipotéticamente portara de "dimensión de nación" (29).

Bien conocemos todos la historia posterior y dónde vino a terminar aquel sentimiento colectivo. En plena tormenta de la crisis, cuando ya podía avizorarse la eventualidad de un Golpe de Estado escribía refiriéndose a esto Real de Azúa, en lo que constituía una buena síntesis de una percepción generalizada en la época: "...la ideología oficial uruguaya (percutió) sobre un pasado cuyas características, incluso muy idealizadas, se prorrogan hasta hoy. Se trata, antes que nada, de enfatizar [...] el deber de gratitud que cualquier uruguayo debería a lo que una mitificada sociedad uruguaya míticamente le ofrece, [...] el orgullo con que [...] todos los habitantes del país deberían proclamar su rincón como "el mejor de los mundos". [...] Cuestión mayor que ni siquiera es posible esbozar la de cómo y por qué periclitó la ideología del "Uruguay batllista" con su cándida fe en la superioridad inmarcesible de la pequeña patria y sus "conquistas" [...], con su optimismo, su ideal de una felicidad estable y sin sombras... [...]. Resulta evidente hoy la caducidad de

(26) CAETANO, G.: *Del primer Batllismo al ...op. cit.*, pp. 85 y ss.

(27) BARRAN, J.P.- NAHUN B.: *Crisis y radicalización (1913-1916)*. Montevideo, EBO, 1985 pp. 231-237 (*Batlle, los estancieros y el imperio británico*. Tomo 6); y PANIZZA, Francisco - MUÑOZ, Carlos "Partidos políticos y modernización del Estado". En: VARIOS: *Los partidos políticos de cara al 90*. Montevideo, FCU-FESUR-ICP, 1989, pp. 117 y ss.

(28) JACOB, Raul: *Modelo Batllista ¿variación sobre un viejo tema?*. Montevideo, Proyección, 1988; y CAETANO-JACOB: *El nacimiento del terrismo (1930-1933)*. Tomo 1. Montevideo, EBO, 1989, pp. 22-28 y 314-315.

(29) Cfr. RAMA, Germán: *La democracia en Uruguay*. Montevideo, ARCA, 1989, pp. 28, 29, 63, 64, 65.

toda esta estructura mental [...] aunque posiblemente pudiera resultar apresurado dar por totalmente desvanecidas todas sus certezas. Evidente es, asimismo, que nada ha venido a reemplazarlo como creencia unificadora" (30) .

Pese a todo cuanto se ha dicho y cuanto ha ocurrido, las remisiones nostálgicas y los esquemas restauradores no han dejado de aparecer entre nosotros en la consideración de este y de otros muchos temas. La conciencia del declinio histórico del país ha tenido fuertes consecuencias en nuestras maneras de pensar y aún de mirar el mundo y sus cambios, pero no parece haber erosionado definitivamente esa vieja "obsesión" de los uruguayos "con su historia" (31) . Sin embargo, el sentimiento de pérdida que acompaña esa percepción colectiva de una peripecia declinante no puede menos que exigir un replanteo radical en la forma de interpelar el pasado desde una renovada asunción del tema de la nación. Si nuestro "trauma de nacimiento" aún permanece irresuelto y si la remisión a supuestos o reales "pasados de oro" no puede ya constituirse en una matriz inspiradora ante el avance incontenible del declinio, la nación y el pasado deberán ensayar entre nosotros otros modos de comunicación.

Política, partidos e identidades nacionales

Esta dimensión histórica del problema de la nación rápidamente quedó asociada a la dialéctica política, el foco de otra vieja obsesión de los uruguayos. Múltiples fenómenos ilustran ese curso de involucramiento. Ya hemos señalado la impregnación político-partidaria de los debates en torno a "la fecha de la independencia nacional", en cuyo marco se enfrentan la propuesta "blanca" del 25 de agosto (que sin embargo fundó buena parte de su argumentación en el informe del muy colorado Pablo Blanco Acevedo) con la "colorada" del 18 de julio (32) . Nos interesa ahora profundizar un poco más en torno a este vínculo, analizando primero la asociación entre el arraigo de las identidades y tradiciones políticas uruguayas respecto a maneras diversas de concebir el problema de la nación.

Antes de entrar en materia, se imponen ciertos señalamientos previos. La idea de establecer un vínculo fuerte entre las tradiciones uruguayas y modelos diferentes de conciencia nacional no es nueva, existiendo en tal sentido numerosos ejemplos de variado espectro (33) . Sin embargo, es también idea aceptada que respecto a este punto no pueden establecerse uniformidades estrictas. En este sentido, nos manejaremos sobre la base de la identificación de perfiles más acentuados dentro de universos necesariamente plurales (34).

(30) REAL DE AZUA, Carlos: *Partidos, política y poder en el Uruguay. (1971- Coyuntura y pronóstico)*. Montevideo, FHyC., 1988, pp. 29 y 59.

(31) Cfr. PANIZZA-MUÑOZ : *Partidos políticos y modernización... op. cit.*, pp. 125 y ss.

(32) Mayoritariamente los blancos apoyaron en el Parlamento la tesis del 25 de agosto mientras que los colorados hicieron lo propio con el 18 de julio, aunque, como ha sido apuntado, hubo excepciones en uno y otro bando. En los debates se puso de manifiesto que la pugna en torno a las fechas involucraba modelos interpretativos diversos sobre la historia nacional.

(33) Cfr. a este respecto los trabajos de Barran y Nahun, Bruschera, traversoni, Ares Pons, Real de Azúa, Mezzera, etc.

(34) Tómese como ejemplo las diferencias existentes en torno a la visión de la nacionalidad entre riveristas y batllistas o entre herreristas y nacionalistas independientes, pudiendo sumarse otros casos referidos a distintas etapas en las trayectorias partidarias.

Dentro del campo colorado ha predominado lo que llamaremos la visión de la "uruguayidad". Ella supondría una conciencia nacional de matriz fuertemente cosmopolita identificada, con valores e ideales universales que trascienden largamente las fronteras del país, en la que "lo interno" y "lo externo" no reconocen límites precisos. Refiriéndose a este punto, F. Panizza, por ejemplo, ha señalado que la conciencia nacional colorada y fundamentalmente la batllista refieren "un `afuera` a la vez constituido y constituyente de la identidad de la sociedad uruguaya y de sus dislocaciones" (35). En esa dirección, no resulta demasiado difícil reconocer un vínculo consistente -entre tantas diferencias- entre la manera en que, por ejemplo, Manuel Herrera y Obes interpretaba desde la Defensa la dicotomía "Civilización o Barbarie", el modo en que José Batlle y Ordoñez asociaba su proyecto reformista del "país modelo" con una matriz fuertemente cosmopolita (36), e incluso el radicalismo neoliberal de Jorge Batlle y su recurrente apelación a la necesidad de imitar los modelos universales impuestos -a su juicio- por el vértigo contemporáneo de la "aldea planetaria" (37).

En contrapartida lo "blanco" (38) ha tendido a asociarse con la idea de "orientalidad". En rasgos generales ella supondría una identidad nacional que reivindica desde el vamos una índole telúrica y hasta "bárbara" (por oposición a la "civilización" eurocéntrica), que tiene al "afuera" como una fronta "más dura" en tanto constituye el escenario de algo que "la Nación no es", que privilegia nítidamente los referentes del pasado y de la tradición sobre las claves universalistas de la construcción modelica. También aquí, aunque con la dificultad de una dialéctica interna más exigente entre los elementos "blancos" y los "nacionalistas", puede sin embargo establecerse una "línea de larga duración" entre ciertos comunes denominadores de las visiones y convicciones -sin duda que cargadas también de diferencias- de Oribe y Berro en plena Guerra Grande, las preocupaciones y concepciones de Luis Alberto de Herrera en torno al "Uruguay Internacional" (39), e incluso la percepción moderna sobre los avatares del nacionalismo en el mundo contemporáneo de Wilson Ferreira Aldunate (40).

Por su parte, para el universo plural de las izquierdas el tema de "lo nacional" ha sido objeto de tratamientos muy disímiles, constituyéndose a este respecto mucho más en frecuente foco de controversias que en catalizador de convergencias. Si bien referido a este tópico podrían establecerse conexiones sólidas entre el "socialismo nacional" de Viviani

(35) PANIZZA-MUÑOZ: *Partidos políticos y modernización ... op. cit.*, p. 118.

(36) Cfr. BARRAN-NAHUN: *Batlle, los estancieros y el imperio británico*, particularmente los tomos I,IV y VI.

(37) Cfr. especialmente los trabajos de Francisco Panizza, quien hace mucho hincapié en esta línea de análisis. Además de los trabajos ya citados ver PANIZZA, Francisco: *Uruguay: Batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay Batllista*. Montevideo, EBO, 1990.

(38) Aquí entendemos "lo blanco" como simbiosis resultante entre la tradición más estrictamente "blanca" (referida al oribismo decimonónico y las diversas líneas candomberas y caudillistas del parin) y la tradición "nacionalista" (vinculada con su ala doctoral y con los "directorios pelucones" de fines del siglo XIX). Real de Azúa ha señalado que es bajo el herrerismo de los años 20 que esa integración comienza a operar de modo consistente aunque las tensiones y rupturas -sobre bases en buena medida distintas- reaparecían poco después.

(39) Cfr. a este respecto, METHOL FERRE: *El Uruguay como ...op.cit.*, en especial el cap.3 "el Uruguay Internacional". pp 20 a 41; REAL DE AZUA, Carlos: *Herrera: el nacionalismo agrario*. Montevideo, Ed.Reunidos y Ed. Arca, 1969 (Enciclopedia Uruguay 50); ZUBILLAGA, Carlos: *Herrera, la encrucijada nacionalista*, Montevideo, Arca, 1976, y sobre todo, la profusa bibliografía del Dr. Herrera.

(40) Cfr. PANIZZA-MUÑOZ: *Partidos políticos y modernización... op. cit.*, pp. 119 y ss.

Trías y lo que Carlos Quijano llamaba difusamente "izquierda nacional", las contradicciones saltan de inmediato si comparamos sus análisis y percepciones con los del "socialismo frugoniano" o con la fuerte matriz exógena de la identidad comunista desde los tiempos de Mibelli y Gómez hasta el propio Arismendi. Más allá de cuanto han cambiado las cosas desde las épocas de las distintas euforias internacionalistas y desde la implantación ideológica desde la agendidad, los debates renovadores contemporáneos y sobre todo la auténtica "crisis de identidad" provocada por el desmoronamiento del llamado "socialismo real" vuelven a agendar -entre otros muchos temas y desde ángulos diferentes a los anteriormente recorridos- el "problema" de la nación entre las claves configuradoras de una refundación de la izquierda de cara a los tiempos que corren (41).

Es así que, pese a las diferencias existentes entre los diversos universos tradicionales de la política uruguaya (42), nuestra cultura política parece haberse asociado históricamente con partidos y formaciones que operan como grandes canales de involucramiento nacional ("patrias subjetivas" ha dicho Baltazar Mezzera), ilustrándose esa funcionalidad, por ejemplo, en lo que concierne a la integración del inmigrante. El arraigo de sistemas de lealtades consistentes y perdurables parece haber exigido entre nosotros la necesidad de un referente tradicional, que entre otras cosas se hiciera cargo y diera respuestas al "problema" de la nación (43). La centralidad de los partidos en el sistema político uruguayo se vincula de este modo con esa clave política de la cuestión nacional.

A diferencia de lo que acontece en la mayoría de los países latinoamericanos, en el Uruguay esta dimensión política de la identidad nacional se asocia fuertemente al funcionamiento del sistema de partidos y expresa una fuerte índole democrático-integrativa. Casi podríamos hablar de la nación como fruto de un pacto republicano inacabado y renovable en forma permanente. Respecto a este punto han señalado los sociólogos Beisso y Castagnola: "Es posible considerar que los partidos políticos (uruguayos) [...] tienen el carácter de actores y garantes del pacto social fundante para el imaginario social; en esta medida operan también como representantes de la continuidad social. Los partidos (recuérdese que dos de ellos son coetáneos del estado nacional) representan a la sociedad y ordenan el tiempo social en función de la sucesión electoral, que permite la renovación de aquel pacto. [...] Esto constituye un primer nexo consistente [...] con los marcos de referencia cultural que ordenan la comprensión de lo social" (44).

Estos autores sostienen más adelante en ese mismo artículo: "El pacto fundacional de una sociedad se actualiza y reproduce su vigencia en múltiples instancias, algunas de las cuales revisten un carácter básicamente ritual de conmemoración y renovación del momento fundante, como señalaríamos en relación al acto electoral en nuestra sociedad. Por otra parte, admite también su reelaboración en ciertas instancias marcadas por el azar y la

(41) Sobre este tema Cfr. CAETANO-RILLA: "La izquierda uruguaya y el 'socialismo real'. Visión histórica de algunas trayectorias", ponencia presentada al Seminario sobre *La izquierda uruguaya frente a la crisis del socialismo real*, organizado por FESUR, Montevideo, junio de 1990.

(42) Partimos de la base de reconocer un referente ya genuinamente tradicional a los partidos de izquierda en el Uruguay. Sobre este tema Cfr. PEREZ, Romeo: "La izquierda en la fase pos-autoritaria". En: VARIOS: *Uruguay y la democracia*. Tomo II, Montevideo, EBO, pp.129 a 147.

(43) *Ibid.*

(44) BEISSO, Rosario; CASTAGNOLA, José L.: "Identidades sociales y cultura política en Uruguay. Discusión de una hipótesis". En: *Cuadernos del CLAEH*. N°44, 1987/4, pp.15 y 16.

historia concreta. En el caso uruguayo el denominado proceso de redemocratización puede llegar a tener un carácter de instancia de refundación provocada por un acontecimiento que implicó una rotura del tiempo ritual (la dictadura militar). Esta refundación tiene, potencialmente al menos, la posibilidad de plantear modificaciones al cuadro anterior aunque sin alterar su lógica básica. Una modificación posible sería la incorporación de la izquierda política al status de actor garante del pacto político fundante" (45).

Respecto a este fenómeno se podrían extraer una multiplicidad de consecuencias (46). Ahora nos interesa destacar dos: a) la incorporación de la izquierda política a ese status consolida la centralidad del sistema de partidos en la escena política uruguaya; b) al mismo tiempo, ese proceso refuerza también la matriz "político-céntrica" del "problema" de la nación en el Uruguay.

En una perspectiva de más larga duración, esta manera peculiar de involucramiento recíproco entre política y nación podría vincularse también con la ausencia o la debilidad extrema de implantaciones populistas estrictas en el Uruguay del siglo XX. Los populismos tienden, entre otras cosas, a una articulación carismática entre líder, pueblo y nación, al tiempo que se vinculan con la constitución de sujetos colectivos que en su mismo origen expresan la unión de la cuestión de la legitimidad con la cuestión nacional. Así mismo, su praxis política se asocia con apelaciones movimientistas -de pretensiones hegemónicas, antisistémicas- en las que predomina claramente la dimensión comunitaria del nacionalismo popular sobre la clave ciudadana de modelo liberal democrático (47). En otras palabras y vinculado con el tema que estamos considerando, antes que una identificación entre el funcionamiento del sistema de partidos y la renovación del pacto fundante de la nación, prima una fuerte asociación simbólica entre el líder, el movimiento y la nación, en respuesta al desafío de una "nacionalidad incompleta" (48). Pensamos que, más allá de ciertas etapas y procesos en los que podría reconocerse una cierta proclividad populizante, no ha existido en forma consistente y perdurable ninguno de esos rasgos en el Uruguay contemporáneo (49).

El papel configurador del "afuera"

Como hemos señalado en varias de las consideraciones anteriores el "afuera" se ha constituido desde siempre en otra de las claves configuradoras por excelencia de la identidad de la sociedad uruguaya. Tal vez ratificando un rasgo que muchas veces define la peripecia de los países pequeños, lo cierto es que la historia uruguaya es pródiga en episodios y procesos en los que se pone de manifiesto hasta qué punto el "afuera" incide decisivamente en la constitución de las identidades del "adentro". Hasta muchas décadas después de su emergencia como estado independiente, el Uruguay careció de fronteras, tanto en términos jurídicos como económicos. La endeblez de su mercado interno reforzó tradicionalmente su proyección exportadora y de "país de servicios" orientado a sus vecinos.

(45) *Ibid.*

(46) Incluso podría reformularse la hipótesis desde una perspectiva más crítica sobre la transición y sus herencias, en particular respecto a presuntas o reales inercias de "poder militar" en la reconstitución del sistema político.

(47) Cfr. GARCIA DELGADO, Daniel: *Raíces cuestionadas: la tradición popular y la democracia*. Tomos I y II, Buenos Aires, CEDAL, 1989.

(48) *Ibid.*

(49) Cfr. PANIZZA: *Uruguay: Batllismo y ... op. cit.*

La evolución de su demografía lo marcó primero como una "sociedad aluvional" de inmigrantes, para dar paso luego a su paulatina transformación en un "país de emigración", en el marco de una historia de fractura que, sin embargo, reconoce la continuidad del peso - en un sentido u otro- del "afuera". Sus partidos más longevos se vuelven irreconocibles durante buena parte de su evolución si no se los analiza en estrecha vinculación con las formaciones políticas de sus países vecinos. Y así podría continuarse en una larga lista de factores convergentes en el reforzamiento del peso de lo exógeno respecto al tópico que nos ocupa.

Alguien podría señalar que esta proyección cosmopolita de la identidad nacional estaría refiriendo indirectamente el triunfo de la visión "colorada" de la nacionalidad. Más allá de que también aquí el tema de la construcción de la identidad nacional se define en un escenario plural y controversial, también es cierto que la peripecia del "partido del Estado" (tal vez por esa misma naturaleza) ha expresado y consolidado dinámicas sociales y representaciones colectivas que han adquirido un fuerte arraigo entre los uruguayos, trascendiendo las fronteras partidarias. A esto se han referido muchos analistas al hablar de cierta "batllistización" del conjunto de la sociedad uruguaya (50), invocación que a veces sin embargo ha pecado de "batllicéntrica".

Más allá de compartir o no esa percepción, resulta bastante indiscutible que los períodos de gobierno con hegemonía -aún relativa- del batllismo influyeron fuertemente en esa dirección. Adviértase, por ejemplo, la fuerte asociación simbólica entre la definitiva implantación del espíritu cosmopolita -tal vez más eurocéntrico que cosmopolita stricto sensu- y los períodos de auge de la trayectoria reformista del primer batllismo. Se trataba sin duda de todo un universo de referencias hondamente sentido por un fuerte sector de la sociedad uruguaya de la época, con su ciudadanía de vocación "foránea", abierta a las influencias culturales extranjeras. Constituía un tópico, además, fácilmente asimilable a la experiencia reformista, que si no había creado -no mucho menos- al "país aluvional", tal vez lo había sabido traducir como ningún otro movimiento político anterior en la historia uruguaya. Quizás una de las encarnaciones más vivas de esa asociación simbólica haya sido el establecimiento (por ley de octubre de 1919) de un tercio del total de los días feriados oficiales directamente vinculados con la conmemoración de acontecimientos de origen extranjero o internacional: 1° de mayo (Día de los Trabajadores), 2 de mayo (Día de España), 25 de mayo (Día de América), 4 de julio (Día de la Democracia), 14 de julio (Día de la Humanidad), 20 de setiembre (Día de Italia) (51).

Ese intento batllista y colorado de construcción de una nacionalidad a través de "la identificación del país con ideales que lo trascendian" (52) también aparece reflejado en otra larga serie de manifestaciones y escenarios típicos de la época: a) La escuela pública, donde desde el nombre de los institutos hasta los programas de enseñanza remitían a esa manera de concebir la nación (53); b) La identificación del Uruguay con otros países del mundo (Suiza, Francia, Dinamarca, Nueva Zelanda, etc.), lo que trasuntaba el deseo inocultable de ser una "isla" tan excepcional como ajena dentro de América Latina; c) La

(50) Cfr. los trabajos ya citados de RAMA, Germán y PANIZZA, Francisco, así como PERELLI, Carina; RIAL, Juan: *De mitos y memorias políticas. La represión, el miedo y después...* Montevideo, EBO, 1986.

(51) Cfr. NIN Y SILVA, Celedonio: *La república del Uruguay y su primer centenario (1830-1930)*. Montevideo, Sureda, 1930, p.28.

(52) Cfr. BARRAN-NAHUN: *Crisis y radicalización... op. cit.*, p.231.

(53) Cfr. RUIZ, Esther: *Escuela y dictadura (1933-1938)*. (avance de investigación en prensa).

honda dramatización en la vivencia de los acontecimientos de la escena mundial; d) La propia modalidad de acción política del batllismo, con un Batlle y Ordoñez iniciando sus discursos en la apelación deliberadamente amplia a los "uruguayos todos, vengan de donde vengan" (54) o a través de las convenciones del "Royal" en donde muchas veces se cantaba el himno a Garibaldi o la Marsellesa y no se hacía lo mismo con el himno nacional.

Este intento por construir y cohonestar desde el Estado una nacionalidad en la que las fronteras del "adentro" y del "afuera" se erosionaran hasta una indefinición relativa, por cierto que despertó fuertes réplicas y oposiciones. No resultó para nada casual que los máximos detractores del batllismo hicieran hincapié en sus críticas respecto a este punto, ni que las ofensivas políticas de sus adversarios concurren siempre en la necesidad de atacar ese "cosmopolitismo rampante" (55). Si toda confrontación política o social deviene naturalmente y se dirime también en la pugna por hacer prevalecer los propios contenidos en el continente del imaginario colectivo, sin duda que en esta lucha por definir los alcances de la identidad nacional residía un factor clave en el desenlace de toda la encrucijada (56).

Ni la derrota del batllismo ni la erosión lenta pero firme de los pilares de su modelo de desarrollo crearon condiciones inmediatas para un dislocamiento traumático del viejo orden simbólico y, menos aún, para la implantación efectiva de contramodelos alternativos. Mientras la prosperidad aún frágil pudo sostenerse, la reproducción relativa del viejo modelo -más allá de ciertos ajustes bajo el terrismo- pudo darse sin mayores obstáculos, en el marco de un curso de evolución en el que el "afuera" continuó pesando de modo decisivo como clave de identidad.

Obsérvese, por ejemplo, algunas señales de continuidad fundamental en el derrotero de nuestra política exterior -otro escenario tan relevante como poco estudiado para el tema en cuestión- (57) o la persistencia incluso acrecentada del mito de la "excepcionalidad" uruguaya y de la asociación entrañable con la peripecia internacional. En ese contexto, a nadie puede extrañar que los uruguayos viviesen como "intransferiblemente propios" los episodios de la caída de París primero y de su liberación después, que una publicación como el *Semanario Marcha* diera cuenta de ambos hechos con sendas portadas en idioma francés, o que años después, en medio de la renovada euforia que permitía la guerra de Corea, el ex-presidente Luis Batlle en viaje por Europa no dudara en invertir los términos de la vieja metáfora para espetarle a sus anfitriones suizos que en realidad eran ellos "los uruguayos de Europa" (58). Seguramente estos hechos proyectan orígenes y significaciones diversos, pero también todos ellos resultan coincidentes una vez más en esa recurrente potencialidad otorgada al "afuera" como clave de identidad.

(54) Cfr. BARRAN-NAHUN: *Crisis y radicalización... op. cit.*, p.236.

(55) Decía por ejemplo "La tribuna Popular" en febrero de 1932, condenando al batllismo por su apertura ante los inmigrantes: "Hasta que vino el señor Batlle, cuando hubo disidencias activas o pasivas en el país, esas reyertas fueron siempre entre uruguayos y para bien de uruguayos. Ahora son elementos injertados en nuestra sociedad, quienes pretenden atar al pueblo uruguayo al coche de victoria de los soviets de Moscú". Cfr. "La Tribuna Popular", Montevideo, 9/2/32, p.1.

(56) Cfr. CAETANO: *Del primer batllismo al terrismo... op. cit.*

(57) Cfr. METHOL-FERRE: *El Uruguay como... op. cit.*

(58) Cfr. BATLLE, Luis: *Pensamiento y acción*. Montevideo, ALFA, 1965.

Tampoco la crisis estructural desatada a mediados de los años 50 pudo echar por tierra rápidamente con la fuerza inercial de aquella vieja obsesión. Sin embargo, pese a la resistencia de ciertas herencias transformistas de la experiencia de décadas pasadas, los años 60 supusieron esta vez sí, la emergencia de un nuevo escenario dominado por la posibilidad de la ruptura. Entre los muchos factores concurrentes en ese clima de polarización y conflicto también estuvo presente -y con una trascendencia no menor- una "crisis de identidad" en la sociedad uruguaya, la que en su radicalidad vino a poner en entredicho el viejo poder configurador del "afuera".

Obsérvese, a título de simple ejemplificación de un proceso más abarcativo, como - desde muy distintas perspectivas- la mayoría de los actores políticos y sociales de la época trataron de dar respuesta a esa dimensión de la crisis, ya sea proponiendo nuevos imaginarios resignificantes del "nosotros" nacional, negando los viejos mitos fundantes de la política tradicional o del "afuera" configurador e incluso buscando nuevos anclajes en la historia (59). No quedaba mucho espacio para reacomodaciones del viejo cosmopolitismo eurocéntrico. El vacío resultante estimulaba la ruptura y la emergencia de nuevos imaginarios colectivos, que apuntaron a otras modalidades de articulación entre el "afuera" y el "adentro".

En un epílogo agregado a su obra *El Uruguay como problema* en 1971, Methol Ferré consideraba alguno de estos puntos y se hacía ciertas preguntas al respecto: "Interesan dos aspectos. Primero, el proceso interno del Uruguay, y el modo en que el mismo repercute en la posición internacional del país. Segundo, la nueva situación del Uruguay en el contexto rioplatense y latinoamericano el modo en lo que lo internacional al modificarse, incide en nuestras previsiones internas y externas. En una palabra la interpenetración recíproca del "adentro" y del "afuera" uruguayo [...]. El Uruguay que ha nacido ante todo por estímulos externos, no acordes con la estructura interna que generaron aquellos primeros estímulos externos. ¿Hasta qué punto un país configurado desde "afuera" puede regenerarse desde "adentro"? Un país de las dimensiones del Uruguay. Y esto hace que el país que se "latinoamericaniza" más concientemente sea el Uruguay. [...] .. la asfixia uruguaya, lo lleva a reencontrarse uruguayo en América Latina, con más intensidad que ningún otro, luego de haberse extrañado como ningún otro" (60).

Los años que nos separan de 1971 han sido escenario de muchos hechos dramáticos para el país. Tuvimos el Golpe de Estado, la dictadura militar, la transición democrática y estos años más recientes. Mucho podría decirse sobre este período desde el prisma interpretativo que estamos transitando, pero los límites de la ponencia sólo permiten unos breves señalamientos. En primer término, resulta trivial decirlo, aquella crisis de identidad de la sociedad uruguaya de la que hablaban Methol y tantos otros hacia 1971 no ha sido resuelta. Más aún, tal vez se ha profundizado a niveles inéditos. En su continuidad, el tópico de las fronteras del "afuera" sigue pesando de modo absolutamente central.

Adviértase, por ejemplo, hasta qué punto respecto a este problema, los militares uruguayos también resultaron mejores comisarios que fundadores. Centrarón buena parte de sus arrebatos fundacionales en la tarea de implantar en la sociedad una resignificación radical de la nación (a través de la represión "de lo foráneo", del control autoritario de la

(59) En una similar perspectiva y focalizando su análisis en el discurso de Pacheco, los militares y los tupamaros, Cfr. PANIZZA: *Uruguay: Batallismo y... op.cit.*, en particular su tercera parte, la ruptura y sus voces.

(60) METHOL FERRE: *El Uruguay como...op. cit.*, pp.88 y 107.

cultura y la enseñanza, de las celebraciones historicistas, del bombardeo publicitario de la DINARP, etc.), pero quedaron prisioneros irremediamente de la lógica trasnacional de su política económica y de la imposibilidad de legitimar a nivel popular su proyecto político.

Obsérvese, asimismo, desde una similar preocupación, como ha operado de modo decisivo este tema de las fronteras del "afuera" en los procesos de reconstrucción de las identidades políticas durante la transición (61). Tal vez Jorge Batlle -que no casualmente fue tanto el centro de la campaña preelectoral como el gran derrotado en las urnas- fue el político que más radicalmente expresó este fenómeno que, sin embargo, incidió sobre todo el espectro político: "...Este país -llegó a decir en un reportaje realizado en agosto de 1989- se divide en dos pedazos y no se divide por partidos sino por personas. [...] (De un lado están) los que no quieren mover nada, los que quieren que todo siga igual como está hoy y (del otro) los que estamos dispuestos a abrir las ventanas del país y dejar que el mundo se meta dentro de él..." (62).

Podríamos agregar toda una infinita variedad de manifestaciones de la continuidad de este factor de problema en el pasado más reciente del país, tanto a nivel de la experiencia más cotidiana de nuestra gente, como respecto a lo que tiene que ver con el área macro de las estrategias prospectivas o del debate sobre los "grandes temas" de auténtico impacto nacional. Por ahora sólo nos importa dejar apuntadas la vigencia y la resolución del problema entre nosotros.

La cuestión de la viabilidad

Y finalmente, nos queda por recorrer una cuarta vía de resignificación de la identidad nacional en el Uruguay: la cuestión de la viabilidad. Entre nosotros, esa necesidad de un horizonte de futuro que requiere toda implantación nacional debió pasar siempre por una respuesta al desafío radical de la viabilidad cuestionada. Nuestras crisis han sido grandes desafíos creativos en los que la interpelación a la sociedad no sólo a puesto en juego la continuidad o el cambio de políticas públicas, sino que tradicionalmente ha involucrado la exigencia mayor de proyectos nacionales entendidos como "esquemas de viabilidad nacional" (63). Decía Washington Lockhart en plena crisis de los 60: "...no se puede hablar del Uruguay 'de veras', si no se habla del que debe ser, pero al que no lo dejan" (64). Nuestro "deber ser" nunca ha podido sortearse esa duda originaria.

Sin duda que ello tiene mucho que ver con nuestros orígenes difíciles. A lo largo de todo el siglo XIX la independencia del país estuvo en permanente entredicho y resultó un problema a resolver en múltiples dimensiones. Como bien ha estudiado Arturo Ardao, el aseguramiento de la continuidad independiente debió tramitarse en múltiples escenarios: el del difícil y muchas veces oscilante relacionamiento con los vecinos, el de los intentos de una política internacional de más vastos alcances, el de los debates ideológicos e históricos,

(61) sobre este tema ver especialmente PANIZZA-MUÑOZ: *Partidos Políticos y Modernización... op. cit.*, en particular el apartado titulado "Un país obsesionado por su afuera".

(62) "Búsqueda", 31/8/89, p.10. tomado de *Ibid.*, p 125.

(63) Cfr. BARRAN-NAHUN: "El problema nacional y el Estado: Un marco histórico". En: *La crisis uruguaya y el problema nacional*. Montevideo, EBO-CINVE, 1985.

(64) LOCKHART, Washington: *El Uruguay de veras*. Montevideo, ALFA, 1969, p. 115.

el de la pugna de proyectos que garantizaran una mínima consolidación política y económica de la República (65).

En ese sentido, a nadie puede extrañar que muchas décadas después de 1830 connotadas figuras siguieran dudando seriamente de esa viabilidad y propusieran en cambio como único prospecto posible la asociación o la integración lisa y llana con el extranjero. En 1855, Andrés Lamas en su famoso manifiesto fusionista no dudaba "que la alianza Brasilera podría hacer parte del programa de un partido que reuniese lo mejor y lo más inteligente de las antiguas facciones", constituyéndose así "en el mejor sostén de nuestro orden interior, desde que tengamos un orden interior digno de ser sostenido" (66). Esta postura, que en esencia bien podía encontrar muchos puntos de contacto con la posición predominante casi un cuarto de siglo antes en el Congreso Cisplatino, fue básicamente afín a la sostenida un cuarto de siglo después por Angel Floro Costa en su famoso "Nirvana" de 1880. Con la variante de hacia dónde encaminar los pasos de la alianza con el "afuera", todo el siglo XIX uruguayo está impregnado de ese debate radical en cuyo centro se encontraba planteado el desafío de la viabilidad. Los grandes debates culturales de la época, aquellos que presuponían núcleos tales como "una conciencia del país" o "una toma de conciencia del pasado" discurrían ineludiblemente por allí (67).

No resulta casual tampoco que la primera consolidación de una historiografía y una ensayística de vocación nacionalista haya coincidido con el despliegue de tensiones de la primera Modernización capitalista, con sus interpelaciones y sus crisis de viabilidad. La percepción de los cambios sociales, el enjuiciamiento del viejo país pastoril y la búsqueda de nuevos modelos de desarrollo se imbricaban naturalmente con la necesidad de refundar una nacionalidad tan endeble como asediada, desde "adentro" y desde "afuera" (68). La implantación o la reconstrucción de la nación como "comunidad imaginada" pasaba inexorablemente por cómo responder al ya viejo dilema originario.

Esta cuestión de la viabilidad y su centralidad en el imaginario colectivo de los uruguayos ha permanecido durante el siglo XX. El desafío pudo ser ignorado o soslayado en los tiempos de prosperidad y de la expansión reformista, como hemos observado anteriormente, pero resurgió con mayor fuerza y crudeza al sobrevenir la crisis y el agotamiento del modelo. Lo que había sido una voz marginal y fuertemente mediatizada en su impacto colectivo durante el período de auge reformista, pudo tener un anticipo de expansión limitada en los años 30, cuando la crisis y el terrismo dejaron entrever -aunque todavía de modo "amortiguado"- los límites del proyecto. Desde *El pozo*, Onetti podía testimoniar esa crisis del imaginario colectivo y su renovada asociación con el problema del futuro comprometido: "¿Qué se puede hacer en este país? Nada, ni dejarse engañar. Si uno fuera una bestia rubia, acaso comprendiera a Hitler. Hay posibilidades para una fe en Alemania; existe un antiguo pasado y un futuro, cualquiera que sea. Si uno fuera un

(65) ARDAO, Arturo: "La independencia uruguayana como problema". En: *Cuadernos de marcha*. N°4, Montevideo, agosto/1967, pp.83 a 96.

(66) LAMAS, Andrés: "A sus compatriotas". En: *El Uruguay y sus problemas en el siglo XIX (Antología)*. Montevideo, CEAL, 1968, pp.10 y ss. (Capítulo Oriental B).

(67) Cfr. REAL DE AZUA, Carlos: *Pensamiento y Literatura en el siglo XIX: Las ideas y los debates*. Montevideo, CEAL, 1968. (Capítulo Oriental B).

(68) Cfr. BARRAN-NAHUN: *Historia rural del Uruguay moderno*. Tomo II (1886-1894) (*La crisis económica*). Montevideo, EBO, 1971, pp. 319 y ss.

voluntarioso imbécil se dejaría ganar sin esfuerzos por la nueva mística germana. ¿Pero aquí? Detrás de nosotros no hay nada. Un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos" (69).

Dentro de la peculiar perspectiva onettiana, ese "detrás de nosotros" bien podría haber sido "delante de nosotros", lo que venía a poner de manifiesto una vez más la asociación íntima entre pasado y futuro en el marco de una crisis de identidad nacional. Casi treinta años después, cuando el "Uruguay batllista" comenzaba a quedar irremediamente atrás y la expansión de la crisis no dejaba espacios para los "atajos", el Instituto de Economía de la Universidad convocaba oficialmente a una reflexión colectiva a través de una interrogante por más gráfica: "¿Cuáles son las posibilidades de independencia real, si es que existen, de un país como el Uruguay?" (70).

Luego de casi 140 años de vida independiente el Uruguay parecía retornar angustiado a uno de sus dilemas originarios. A lo largo de todos esos años 60, es precisamente esta área de problemas acuciantes, la que atraviesa distintos escenarios y manifestaciones de la sociedad uruguaya, haciendo sentir la radicalidad de su exigencia. Podríamos recorrer la obra de muchísimos ensayistas de la época para pulsar la profundidad de esa interpelación. Utilicemos en este caso una vez más a Real de Azúa: "...si la nación misma -decía en "Las dos dimensiones de la defensa de Paysandú"- no es capaz de 'tener un pasado' es porque [...] (no) parece tener un futuro [...]. Cuando me refiero a un pasado entiendo por él algo de lo que T.S. Elliot llamaba 'un pasado útil', es decir: inteligible, capaz de sustentar, de dar sentido, a una faena histórica y nacional proyectada hacia adelante" (71).

Nuevamente la crisis de identidad colectiva parecía invitar a recorrer con nuevos problemas y preguntas el pasado en la perspectiva de buscar pistas para un futuro comprometido. La cuestión de la viabilidad nacional volvía entonces a reaparecer, ahora en la clave de rastrear "los cursos de desarrollo frustrados" para enfrentarlos a la triunfante "modernización umbilical" que había desembocado en la crisis radical del presente. "La historia -sentenciaba Real de Azúa en su citado artículo sobre la defensa de Paysandú- es un cementerio de posibilidades frustradas" (72).

No creemos que sea necesario abundar en testimonios de diversa índole para comprobar la persistencia de este viejo problema en el seno de la sociedad uruguaya durante los años más cercanos. Nos limitaremos tan sólo a recoger -asumiendo el margen de arbitrariedad analítica que ello pueda tener- dos testimonios muy recientes que, en lo inmediato, pueden parecer radicalmente enfrentados, pero que seguramente constituyen dos respuesta posibles ante el mismo problema: una vez más la viabilidad.

En su discurso de asunción presidencial, el doctor Luis Alberto Lacalle entendió del caso incluir el siguiente fragmento, que se destacó asimismo como uno de los pasajes más enfáticos y vibrantes de su oratorio de aquel día: "la nación tiene un grande, posible e importante destino. Durante años se susurró, cuando no se enseñó, a sucesivas generaciones que el país era pobre y pequeño. ¡Mil veces errónea la sentencia! Desde el emporio

(69) ONETTI, Juan Carlos: *El pozo*. Barcelona, Seix Barral, 1982, p.53.

(70) Cfr. METHOL FERRE: *El Uruguay como .. op. cit.*, pp. 10, 11, 41.

(71) REAL DE AZUA, Carlos: "Las dimensiones de la defensa de Paysandú". En: *Marcha*, Montevideo, 31/12/1964, pp. 25 a 29.

(72) *Ibid.*

productivo de Bella Unión hasta el coraje aventurero de la Base Antártica "Artigas" en los confines australes, donde nos escuchan en este momento soldados de la Patria, todo es rotundo desmentido a tan negativo acerto. Campos, mares, capas geológicas, ríos, rebozan de oportunidades de prosperidad dormida. Hacia su despertar debemos ir con urgencia y sin pausa" (73) .

Por su parte, más o menos para la misma época, en la esquina de las calles Gavoto y Nueve de Abril apareció un graffiti que rezaba la consigna emblemática de una vieja preocupación uruguaya: "Uruguay = inviable".

Problema abierto

Por múltiples razones se impone el dejar muy abierto el final de esta presentación. Nuestra hipótesis inicial suponía la percepción de una vigorosa crisis de identidad en la sociedad uruguaya de hoy. Advertíamos de entrada también que se trataba a nuestro juicio de la erosión o el desacomodamiento de una identidad que anidaba otras identidades, por lo que su análisis no podía sino proyectar un involucramiento muy abarcativo de un vasto conjunto de problemas. Aún recortando la mirada analítica y dejando de lado cuestiones relevantes, tenemos la impresión de haber recorrido "con botas de siete leguas" la historia uruguaya, lo que sin embargo tal vez resulte inevitable para un estudio adecuado sobre la dimensión histórica -tan rica como plural- del problema planteado. De todos modos, la "larga duración" siempre impone cautelas suplementarias en los perfiles conclusivos.

A esto debe sumarse -en la misma línea de ratificar una perspectiva de apertura final- la fuerte incertidumbre en el curso de evolución previsible de ciertas variables presentadas. Si es cierto que la identidad nacional de los uruguayos pudo desarrollar implantaciones más o menos consistentes en la sociedad cuando resultó factible una articulación dialéctica entre apertura, integración y prospecto, hoy no puede soslayarse un cuadro de crisis profunda en cada una de esas dimensiones y, sobre todo, en su eventual asociación conjunta. No se trata de la existencia de fuertes controversias respecto a estos puntos: ya hemos visto cómo históricamente en el país la identidad nacional se construyó siempre en el marco de la controversia. Más bien la preocupación debe apuntar hacia otro tipo de procesos posibles: de anomia, de fragmentación radical, de ausencia de impulsos endógenos, de la asfixia suscitada por bloqueos y frustraciones persistentes.

Hemos reseñado y recorrido muy parcialmente cuatro vías ya tradicionales en el país de interpelación y resignificación de la conciencia nacional. Desde un punto de vista histórico, ellas han sido al mismo tiempo escenarios y problemas por los que ha discurrido la recreación permanente del "nosotros nacional". Pues bien, esas cuatro dimensiones elegidas también presentan a nuestro juicio situaciones complicadas en la perspectiva presente. Obsérvese, en este sentido, las relaciones -en plural- que en el seno de la sociedad uruguaya hoy se plantean respecto al pasado colectivo, a la política y a los partidos, a la percepción de lo que ocurre en el "afuera" y cómo esto incide en el "adentro", al replanteo de la cuestión de la viabilidad. Seguramente que cualquier perspectiva de análisis en esa dirección no podrá sortearse el señalamiento de perplejidades e incertidumbres.

(73) "Búsqueda". Montevideo, 8 a 14/3/1990, p. 13.

Si hoy resulta poco discutible la caducidad de ciertas lecturas del pasado nacional como soportes de una refundación de identidad colectiva, las alternativas posibles en esa dirección tampoco son ni claras ni evidentes. La cultura política uruguaya, por su parte, parece sacudir la modorra de la estabilidad de sus viejas inercias transformistas e ingresar en una etapa de cambios, pero nadie puede pronosticar cuál será el signo perdurable de éstos. Si obviamente existen algunas pautas más o menos sensatas de previsibilidad, nada puede descartarse definitivamente en el mediano plazo, ni siquiera la propia erosión de la política. El "afuera" del mundo en este fin de milenio no deja de conmovernos con el vértigo y la radicalidad de sus cambios en las más diversas dimensiones. Entre tanto, la marginalidad y el progresivo desencanto respecto a las economías más desarrolladas tampoco parece augurarnos demasiada seguridad ni estabilidad. La integración con los vecinos, más allá de su trascendencia prospectiva y de su relativa inexorabilidad, también genera sus propias interrogantes: piénsese tan solo en el significado de la implantación en el corto plazo de un arancel o en los intercambios comerciales en el marco de un mercado común con Brasil y Argentina. Por último, la propia dimensión de la viabilidad hoy asume interrogantes absolutamente novedosas para el país: la explosión de la diversidad -aún con el ritmo uruguayo- requiere un replanteo radical del tópico de la integración y renueva muy fuertemente la idea misma de proyecto.

En el marco de esta agenda -que podría extenderse mucho más- de nuevos problemas, escenarios y conflictos, de desafíos y cursos de posibilidades antes no recorridos, por cierto que tampoco el cómo reconstruir "las telas más íntimas" de una identidad nacional de cara al siglo XXI y al tercer milenio puede evadirse de ese signo de incertidumbre cabal que domina nuestro tiempo. Razón de más entonces para asumir este tema con la exigencia de un problema abierto.